

materiales 4

para una política teológica cristiana

Cf. www.arzobispodegranada.es

en el blog: Ciudad de Dios y de los hombres

Texto n° 4.

G. K. Chesterton, *The Outline of Sanity* [“Esbozo de una sociedad sana”]. El texto que se reproduce aquí en versión española está tomado de G. K. Chesterton, *Collected Works*, Ignatius Press, San Francisco, vol. V, 1987, pp. 35-209. De momento, reproducimos sólo el Índice de contenido y la Introducción, pp. 41-53. [Todas las notas al pie de página son del traductor.]

Chesterton es considerado un autor “de derechas”, y para muchos sería claramente un conservador. Su defensa del matrimonio y de la familia, su oposición al divorcio, muchos de sus ensayos y libros publicados parecerían justificar esa apreciación. Recuerdo, sin embargo, que en el año 2004, en una cena en la Universidad de Nottingham, tras haber asistido a un simposio sobre “Fenomenología y Trascendencia”, organizado por el Center for Theology and Philosophy que John Milbank dirige en esa Universidad, estaba yo entado frente a la esposa de John, Alison Milbank. Yo le había preguntado por las preocupaciones que dirigían sus trabajos, y ella explicó cómo ella y su marido vivían consagrados a la tarea de la difusión del cristianismo y del socialismo. Yo estaba por aquel entonces ya promoviendo la traducción y el trabajo sobre esa obra fundamental que es Teología y Teoría Social, e incluso habíamos hecho ya un primer borrador de su versión española, sin idea de que poco después aparecería publicada en español en la editorial Herder. Pero fuera de esa obra, por aquel entonces, yo no conocía la restante obra de Milbank ni había oído hablar de la Radical Orthodoxy. En todo caso, viniendo de España, y tras la experiencia de lo que habían supuesto (y de lo que me imaginaba que iban a suponer) los atentados del 11 M y el golpe de estado que culminó la elección de Zapatero, esa asociación entre cristianismo y socialismo no podía dejar de chocarme. Así que le expuse mi dificultad a Alison con toda claridad, y le pregunté que entendían ella y su marido por socialismo, y cómo lo articulaban con la vida de la Iglesia. Con la misma naturalidad, ella me dijo: “Ah, pues ya sabe, el pensamiento de Chesterton, de Belloc y de otros como ellos”.

De momento me quedé de piedra. Luego he sabido, no sólo que Alison es una excelente conocedora de Chesterton y de su teología,¹ sino también, y en gran parte gracias a Milbank y a los círculos del entorno de Milbank, otras muchas cosas acerca del socialismo y de su historia, y que no puede ni podrá haber nunca un verdadero socialismo a menos que sea cristiano. Esta afirmación tiene un significado muy distinto del que tenía el pensamiento que dominó hace décadas en otros círculos cristianos, que a veces se identificaban a sí mismos como “cristianos para el socialismo”. En esos ambientes se pensaba que no se podía ser buen cristiano a menos que uno fuera socialista (o comunista), identificando luego ese socialismo con el de quienes tienen patentado o secuestrado el nombre a favor suyo en forma de partido o de sindicato. Pasa aquí algo parecido a lo que comentábamos más arriba con la diferencia entre “teología política” y “política teológica”: en efecto, en los “cristianos para el socialismo”, el cristianismo termina casi siempre siendo instrumental a una determinada política secular, en este caso la del socialismo secular marxista o post-marxista. Es bastante parecido a lo que ha pasado y pasa hoy con muchas formas de cristianismo, incluso en medios más o menos “oficiales” de la Iglesia, que —aunque no tengan un nombre tan claro y honesto en el fondo como los “cristianos para el socialismo”—, su fe está en el fondo subordinada a políticas y a concepciones económicas que dependen de la ideología liberal o neo-liberal. En cambio, en el “socialismo” de Chesterton, o en el de Milbank y en el de otros politólogos o economistas cristianos de los siglos diecinueve y veinte (como Péguy o Schumacher, por poner sólo dos ejemplos), lo que importa es el acontecimiento salvador de Cristo, el único acontecimiento salvador. Y por eso importa lo humano, todo lo humano y todo lo que sirva a la verdad de lo humano. E importan los diseños económicos o políticos que se sitúan dentro de ese horizonte y están abiertos a cualquier aportación o corrección que los enriquezca, venga de donde venga. De pasada, es quizás útil añadir aquí —y habrá que repetirlo muchas veces—, que desde el momento en que se adopta como marco último de comprensión de lo real eso que hemos llamado en la Introducción “la herencia de Suárez”, esto es, el dualismo “natural-sobrenatural”, esa subordinación de la fe y de la vida cristiana a una ideología, ya sea marxista, liberal, nacionalista, o cualquier otra, es sencillamente inevitable.

Chesterton, de hecho, se sorprendería de ver descrita su posición como “socialista”. Sus críticas al socialismo son igual de acerbas que lo son sus críticas al capitalismo. Y tampoco se trata de una “via media”, digamos, al estilo de la social-democracia. En realidad, la gran intuición de las páginas que siguen es que ponen de manifiesto cómo capitalismo y socialismo son el mismo perro con distintos collares. Por eso algunas personas pasan de uno a otro con tanta facilidad, y sin haber tenido que

¹ Véase Alison Milbank, *Chesterton and Tolkien as Theologians. The Phantasy of the Real*, T & T Clark (Theology), London, 2007.

cambiar básicamente ninguna posición fundamental, salvo las palabras que ocupan el centro de la retórica. Los regímenes comunistas pasaron a ser capitalistas y liberales sin más trabajo que abrir las fronteras, y en general los amos siguieron siendo los amos.

El mismo Chesterton, y algunas otras personas de su entorno y del grupo que nació en ese entorno, llamaron al movimiento económico y político que ellos promovían, "distributismo". El nombre no era ni bueno ni feliz, y ellos mismos, o algunos de ellos, tuvieron una conciencia bastante clara de ello. A pesar de terminar en "-ismo", el distributismo no es un sistema ni una ideología. Podría decirse que es la búsqueda de una sociedad sana que tenga en cuenta todos los aspectos (o los más posibles) que se incluyen en la salud social, en el contexto, eso sí, de las confrontaciones ideológicas de comienzos del siglo veinte, y en el ámbito anglo-sajón, en algunos aspectos, tan diferente del nuestro (en otros, tan influyente en nosotros, sin que seamos demasiado conscientes de ello, tanto en el pasado como en el presente). Pero también por ello más capaz de aportarnos luces nuevas, y más interesante. En todo caso, el pensamiento político y social de los autores "distributistas", y especialmente el de Chesterton y de Belloc, marginado tanto por los socialistas como por los liberales "seculares" del siglo veinte, está experimentando un renacimiento en el mundo anglo-sajón, empachado tanto del vacío cultural del liberalismo en todas sus formas, como del secuestro del socialismo por el ateísmo, y del secuestro de ambos por el capitalismo y por la racionalidad utilitarista, lo que les lleva a coincidir en lo fundamental. Algunos de los autores implicados en el renacimiento del "distributismo", sobre todo en Estados Unidos, lo llaman "pensamiento descentralizador".² Pero habría que matizar. Los nacionalismos en España, por ejemplo, hablan mucho de descentralización. Pero lo que entienden por eso es sólo la fragmentación territorial del espacio sobre el que el estado moderno, y siempre tendente al totalitarismo, ejerce el monopolio de la coerción, y por lo tanto, su capacidad de control. La "descentralización", en ese marco de pensamiento, sólo significa la fragmentación del Leviatán, en orden a un control más cercano y omnipresente, y el horizonte sigue siendo, a igual que en el estado central, el reparto de beneficios entre las oligarquías que rigen los partidos políticos. El resultado es siempre una dictadura más cercana al ciudadano. Mientras que cuando los autores distributistas o sus discípulos actuales hablan de "descentralización" lo que tienen en mente es la aplicación a toda la vida social del principio de subsidiaridad, lo que significa precisamente una valoración de la pequeña propiedad, del mundo rural, de la pequeña empresa, y una resistencia a todo factor que disminuya la libertad o dificulte la proliferación de esas pequeñas comunidades y su libre unión en

² Véase Allan Carlson, *The New Agrarian Mind. The Movement Toward Decentralist Thought in Twentieth-Century America*, Transaction Publishers, New Brunswick/London, 2000. Acaso el pensador reciente más luminoso y provocador en esta dirección es el poeta, novelista y ensayista Wendell Berry.

tejidos sociales dotados de espesor y de profundidad. Justo lo contrario de las aspiraciones de los estados modernos y de sus más o menos indignados oponentes y futuros beneficiarios.

Por último, es llamativo y significativo que las obras “políticas” o “político-económicas” de Chesterton (y de Belloc) no hayan sido apenas traducidas al español, a pesar de que, al menos Chesterton, es un autor apreciado en amplios círculos católicos. La edición en cuatro volúmenes de las Obras completas de G. K. Chesterton hecha en España en los años cincuenta del siglo XX por Plaza & Janés, Barcelona por supuesto, no contenía ninguna de ellas, aunque sí que estaban *Lo que está mal en el mundo* y *La superstición del divorcio, las dos relativas al matrimonio y la familia*. No se era consciente —ése es un rasgo de la mayor parte de nuestro catolicismo, del español, al menos— que las posiciones de Chesterton sobre el matrimonio y la familia sólo adquieren todo su sentido en el contexto de una economía y de una política, digamos para entendernos, distributista. Se entiende que en los años sesenta, en España, ese aspecto “anti-capitalista” del pensamiento de Chesterton no fuese digerible. Tampoco lo sería hoy mucho. Y no sólo en España. La edición norteamericana de las Obras Completas de Chesterton, publicadas por Ignatius Press, que esta vez sí que pretende que sean completas, en su volumen V, que contiene una buena parte de los ensayos directamente políticos de Chesterton, ha sido curiosamente precedida de una Introducción de Michael Novak, un exsocialista convertido al neo-liberalismo que piensa más o menos que la democracia liberal americana es lo más próximo al Reino de Dios que el hombre pueda construir aquí en la tierra.³ Lo cierto es que una obra importante, como *Utopia of Usurers and Other Essays* (1917), sólo ha sido publicada en español en el 2013 por Ediciones Palabra, y con el título un poco dulcificado de *La utopía del capitalismo y otros ensayos*, lo que le quita al título la connotación moral netamente negativa que en el cristianismo tienen la palabra “usura” o el adjetivo “usurero”. De la también numerosísima producción de Belloc hay bastante menos traducido que de Chesterton, y obras como *The Party System*, o *Economics for Helen* significarían un poco de aire limpio en el asfixiante y monótono pensamiento político y económico español. También aquí, su obra más importante, *El Estado servil*, que algunos consideran una de las obras de pensamiento político más importantes del siglo veinte, sólo ha sido publicada en el 2010, por la editorial El Buey Mudo,

³ Para una apreciación teológica del pensamiento de Michael Novak, una de las cabezas del movimiento llamado “neo-con” en el mundo americano, que de nuevo, subordina la teología a una visión económico-política secular, en este caso, al neo-liberalismo americano, véase D. Stephen Long, *Divina Economía. La teología y el mercado*, Nuevo Inicio, Granada, 2007, especialmente los caps. 3 y 4: “Una antropología de la libertad constreñida por el pecado original. La teología como *analogía libertatis*”, pp. 75-91, y “La subordinación de la cristología y de la eclesiología a la doctrina de la creación”, pp. 93-136.

Madrid.⁴ *Al distributismo, en general, como al principio de subsidiariedad, se le ha prestado bastante poca atención en España.*⁵ *Es obvio que una aplicación a la España actual de las reflexiones que él hace necesita un cierto trabajo de "traducción", porque la destrucción causada por el capitalismo de la pequeña propiedad, sobre todo en el mundo rural, pero también en el mundo urbano, está mucho más avanzada hoy que cuando él escribía. Pero no es menos verdad que exactamente en la misma proporción ha avanzado la deshumanización de nuestra sociedad.*

⁴ Otra obra importante para el pensamiento social y político de Belloc es *La prensa libre*, Nuevo Inicio, Granada, 2008.

⁵ Para una introducción al pensamiento distributista pueden verse las antologías publicadas bajo el título *Distributist Perspectives. Essays on the Economics of Justice and charity* (2 vols.), HIS Press, Norfolk, Virginia, 2004 y 2008.

A) INDICE DE CONTENIDO

**ESBOZO DE UNA SOCIEDAD SANA
(1926)**

CONTENIDO

Nota Introdutoria del Editor.

PARTE PRIMERA: ALGUNAS IDEAS GENERALES

- I El comienzo de la disputa
- II El peligro de la hora presente
- III Las posibilidades de recuperación
- IV Acerca de un cierto sentido de la proporción.

PARTE SEGUNDA: ALGUNOS ASPECTOS DE LOS GRANDES NEGOCIOS

- I El *Bluff* de los peces gordos
- II Un malentendido acerca del método
- III Un ejemplo que hace al caso
- IV La tiranía de los *Trusts*.

PARTE TERCERA: ALGUNOS ASPECTOS GENERALES ACERCA DE LA TIERRA

- I La simple verdad
- II Votos y voluntarios
- III La vida real sobre la tierra.

PARTE CUARTA: ALGUNOS ASPECTOS DE LA MAQUINARIA

- I La rueda del destino
- II El romance de la maquinaria
- III Las vacaciones del esclavo
- IV El hombre libre y el Ford.

PARTE QUINTA: UNA NOTA SOBRE LA EMIGRACIÓN

- I La necesidad de un nuevo espíritu
- II la religión de la Pequeña Propiedad

PARTE SEXTA: UN RESUMEN

Un resumen

PARTE PRIMERA

ALGUNAS IDEAS GENERALES

I

EL COMIENZO DE LA DISPUTA

Se me ha pedido que vuelva a publicar estas notas —que aparecieron por primera vez en un semanario¹—, como un esbozo más bien basto de ciertos aspectos relativos a la institución de la Propiedad Privada, tan completamente olvidada en estos tiempos entre las alborozadas celebraciones periodísticas de la Empresa Privada. El mero hecho de que los publicistas hablen tanto de esta última y tan poco de la primera es una medida del tono moral de los tiempos. Un carterista, evidentemente, es un campeón de la empresa privada. Pero tal vez sería una exageración decir que un carterista es un campeón de la propiedad privada. El problema del Capitalismo y el Comercialismo, tal como se están llevando adelante últimamente, es que han predicado la expansión de los negocios más que la preservación de las pertenencias; y en el mejor de los casos, han tratado de disfrazar al carterista con algunas de las virtudes del pirata. El problema con el Comunismo es que sólo consigue reformar al carterista a base de prohibir las carteras.

Las carteras, y las posesiones en general, me parece que tienen una defensa, no sólo más normal, sino bastante más digna que ese individualismo más bien sucio y todo su discurso sobre la empresa privada. Con la esperanza de que tal vez puedan ayudar a otros a comprender esto, he decidido reproducir estos estudios tal como están, precipitados y a veces relacionados sólo con un punto concreto y circunstancial, igual que fueron escritos. Es de hecho bastante duro reproducirlos así, porque fueron notas editoriales a una controversia que en gran medida era llevada a cabo por otros; pero al menos la idea general está presente. En cualquier caso, la expresión “empresa privada” no es un modo muy noble de afirmar la verdad de uno de los Diez Mandamientos. Pero al menos hubo un tiempo en que eso era más o menos verdadero. Los Radicales de Manchester predicaban una modalidad de competición más bien cruda y cruel; pero al menos practicaban lo que predicaban. Los periódicos que hoy ensalzan la empresa privada están predicando exactamente lo contrario de cualquier cosa que nadie sueñe con poner en práctica. La tendencia real de todos los negocios y el comercio de hoy es hacia las grandes combinaciones comerciales, con frecuencia más imperiales, más impersonales, más internacionales que muchas comunidades comunistas: es decir, se trata de cosas que son al menos colectivas, si no colectivistas. Está muy bien el ir repitiendo constantemente: “¿Adónde vamos a llegar, con todo este Bolchevismo?” Es igualmente relevante añadir: “¿Adónde vamos a llegar, incluso sin Bolchevismo?”. La respuesta es obvia: al Monopolio. Que no es,

1 La obra *The Outline of Sanity* [que nosotros hemos traducido como *Esbozo de una sociedad sana*] apareció en primer lugar en la forma de artículos sueltos en un semanario que llevaba por título *G.K.'s Weekly*.

ciertamente, la empresa privada. El Trust americano no es, ciertamente, una empresa privada. Sería más cercano a la verdad el llamar a la Inquisición Española un ejemplo del valor del juicio privado. El Monopolio no es ni empresa ni privado. Existe para impedir la empresa privada. Y ese sistema del trust o del monopolio, esa destrucción completa de la propiedad, seguirá siendo la meta actual de todo nuestro progreso aunque no hubiera un solo Bolchevique en el mundo.

Ahora bien, yo soy uno de los que creen que la medicina contra la centralización es la descentralización. Eso ha sido descrito como una paradoja. Hay aparentemente algo de élfico y de fantástico en decir que, cuando demasiado capital ha venido a estar en las manos de unos pocos, lo que hay que hacer es volver a ponerlo en las manos de muchos. Los Socialistas lo pondrían todavía en las manos de menos gente; pero además esa gente serían políticos, que (como todos sabemos muy bien), siempre lo administran en función de los intereses de la mayoría. Pero antes de que ponga ante el lector estas cosas, escritas en el núcleo de la controversia actual, preveo que será necesario hacerlas preceder de estos pocos párrafos, explicando algunos de los términos, y ampliando algunos de los supuestos que contienen. Pues en el semanario yo estaba escribiendo para unas personas que se sabían la letra pequeña de esta discusión particular. Pero, para ser claramente comprendido, tenemos que comenzar por unas pocas definiciones o, al menos, descripciones. Le aseguro al lector que uso las palabras en un sentido bastante preciso, pero es muy posible que pueda usarlas en otro sentido; y una confusión y un malentendido de ese género no se alza siquiera a la dignidad de una diferencia de opinión.

Por ejemplo, la palabra "capitalismo" es realmente una palabra muy desagradable. También es una cosa muy desagradable. Y sin embargo, la cosa que yo tengo en mente, cuando uso la palabra, es algo perfectamente definido y definible; sólo que el nombre con el que se nombra es una palabra bastante inadecuada para ello. Es obvio, sin embargo, que alguna palabra tenemos que usar para decirlo. Cuando yo digo "capitalismo", en general yo pienso en algo que puede describirse así: "Esa situación económica en la que hay una clase reconocible en términos generales y relativamente pequeña de capitalistas, en cuya posesión está concentrada tanta cantidad de capital como para necesitar que una gran mayoría de los ciudadanos sirvan a esos capitalistas por un salario". Este estado concreto de cosas puede darse, y se da, y tenemos que tener alguna palabra para nombrarlo, y algún modo de discutir de ello. Pero ésta es claramente una palabra muy mala para nombrarlo, porque otra gente la usa para designar cosas bastante diferentes. Algunas personas parecen querer referirse con ella sólo a la propiedad privada. Otros suponen que "capitalismo" tiene que significar cualquier cosa que implique el uso de un capital. Pero si este empleo de la palabra es demasiado literal, también es demasiado impreciso y demasiado amplio. Si el uso de capital es capitalismo, entonces todo es capitalismo. El Bolchevismo es capitalismo, y el comunismo anarquista es capitalismo; y todo planteamiento revolucionario, por muy salvaje que sea, es todavía capitalismo. Lenin y Trotsky creen, tanto como Lloyd George y Thomas, que las operaciones económicas de hoy tienen que dejar algo para las operaciones económicas de mañana. Y eso es todo lo que "capital" significa en su sentido económico estricto. Pero en ese caso, la palabra es completamente inútil. El empleo que yo hago de ella puede ser arbitrario, pero no es inútil. Si capitalismo significa propiedad privada, entonces yo soy capitalista. Si capitalismo significa capital, entonces todo el mundo es capitalista. Pero si capitalismo significa esta situación particular del capital, que sólo beneficia a la

masa en forma de salarios, entonces significa algo, aunque debiera significar algo diferente.

La verdad es que lo que llamamos capitalismo, lo debiéramos llamar proletarianismo. Porque el centro de la cuestión no está en que algunas personas tienen capital, sino en que la mayor parte de las personas tienen sólo salario porque no tienen capital. He hecho a lo largo de mi vida un esfuerzo heroico en ir por el mundo diciendo siempre proletarianismo en lugar de capitalismo. Pero mi camino ha estado erizado de dificultades a causa de los inconvenientes y los malentendidos. Me encuentro con que cuando critico al Duque de Northumberland por su proletarianismo, lo que trato de decir no consigue su objetivo. Cuando digo que yo tendría que estar de acuerdo con frecuencia con el *Morning Post* de no ser porque es tan deplorablemente proletarianista, parece que algún extraño impedimento momentáneo imposibilita la comunión completa de una mente con otra. Y sin embargo, eso sería absolutamente preciso; pues de lo que yo me lamento, en la defensa que se hace hoy del capitalismo tal como es, es de que defiende mantener a la mayoría de los hombres en la dependencia del salario; esto es, de mantener a la mayoría de los hombres sin capital. No soy yo de los que les gusta ese tipo de precisión que prefiere transmitir correctamente lo que no piensa a transmitir incorrectamente lo que piensa. Soy totalmente indiferente a la palabra en comparación con el significado. No me preocupa lo más mínimo si estoy nombrando una cosa u otra con esta simple palabra que empieza por "c", siempre que se aplique a una cosa, y no a la otra. No me preocuparía el usar un signo matemático, si se acepta como un signo matemático. Me traería sin cuidado llamar a la propiedad x y al capitalismo y , mientras nadie crea necesario decir que $x = y$. No tendría el menor inconveniente en usar el término "gato" para el capitalismo, y "perro" para el distributismo, siempre que las personas entiendan que las dos cosas son lo suficientemente diferentes como para luchar como el perro y el gato. La propuesta de una distribución lo más amplia posible del capital sigue siendo la misma, la llamemos como la llamemos, o llamemos como llamemos a la clamorosa contradicción de ella que se da en la actualidad. Me da lo mismo si la expresamos diciendo que hay mucho capitalismo en un sentido, o que hay demasiado poco capitalismo en otro. Y es realmente una pedantería bastante grande el decir que el uso del capital tiene que ser capitalista. Podríamos decir, más o menos con la misma justicia, que cualquier cosa que tiene que ver con lo social ha de ser socialista; que el socialismo puede identificarse con la invitación a una tarde social o a una copa social. Lo que, siento mucho decirlo, no es precisamente el caso.

No obstante, hay tanta vaguedad verbal acerca del socialismo que exige que digamos una palabra que clarifique su definición. El socialismo es un sistema que hace a la unidad corporativa de la sociedad responsable de todos sus procesos económicos, o de todos aquellos que afectan a la vida y a las cosas esenciales de la vida. Si algo importante se ha vendido, lo ha vendido el gobierno; si algo importante es dado, lo ha dado el gobierno; si algo importante es tolerado, el gobierno es el responsable de que se tolere. Esto es el estricto reverso de la anarquía; es un entusiasmo extremo por la autoridad. Es, en muchos sentidos, digno de la dignidad moral de la mente; es una aceptación colectiva de una responsabilidad muy completa. Pero es ridículo que los socialistas se quejen cuando decimos que eso tiene que implicar una destrucción de la libertad. Casi igual de ridículo es, sin embargo, que los anti-socialistas se quejen de la brutalidad desequilibrada y anti-natural del gobierno bolchevique a la hora de aplastar una oposición política. Un gobierno socialista

es uno que, por naturaleza, no tolera ninguna oposición real y verdadera. Pues en el socialismo el gobierno es el que lo provee todo; y es absurdo pedirle a un gobierno que *provea* una oposición.

Tú no puedes presentarte ante el Sultán y decirle en tono de reproche: “No has hecho las disposiciones necesarias para que tu hermano te destrone y se apodere del Califato”. No puedes ir a un rey medieval y decirle: “Hacedme el favor de prestarme dos mil lanceros y mil arqueros, porque deseo levantar una rebelión contra vos”. Todavía menos puedes reprocharle a un gobierno que profesa organizarlo todo el no haber organizado nada para echar abajo todo lo que ha organizado. La posibilidad de oposición y la rebelión dependen de la propiedad y de la libertad. Sólo pueden ser toleradas allí donde se ha permitido que echaran raíces otros derechos además del derecho central del que gobierna. Esos derechos tienen que estar protegidos por una moralidad tal, que hasta el que gobierna tendría que tener miedo a desafiarla. La crítica al estado sólo puede existir allí donde un cierto sentido religioso del derecho protege la pretensión de que uno pueda tener su propia espada y su propio arco; o al menos, su propia pluma o su propia imprenta. Es absurdo pensar que se podría pedir prestada la pluma real para defender el regicidio; o usar la imprenta del gobierno para sacar a la luz la corrupción del gobierno. Y sin embargo, ahí está todo el núcleo del socialismo, toda la razón de ser del socialismo, que hasta que todas las imprentas no sean imprentas del gobierno, los impresores pueden ser oprimidos. Todo está apostado a favor de la justicia del Estado; es poner todos los huevos en el mismo cesto.² Muchos de esos huevos pueden ser huevos podridos; pero ni en ese caso se te permitiría usarlos para unas elecciones políticas.

Hace unos quince años, algunos de nosotros empezamos a predicar, en los antiguos periódicos *New Age* y *New Witness*, una política de la propiedad distribuida en pequeñas piezas (que después ha recibido el nombre, extraño pero preciso, de distributismo), como hubiéramos debido decir entonces, contra los dos extremos del capitalismo y del comunismo. La primera crítica que recibimos provenía de los miembros más brillantes de la Fabian Society,³ especialmente del Sr. Bernard Shaw. Y la forma que esa crítica asumía era simplemente la de decirnos que nuestro ideal era imposible. Era, sencillamente, un ejemplo de la credulidad católica en los cuentos de hadas. La Ley del Alquiler, y otras leyes económicas, hacían inevitable que los pequeños arroyos de la propiedad fueran todos a desembocar en el lago de la plutocracia. En realidad, fue el agudo miembro de la Fabian Society, no tanto el chalado conservador, quien se enfrentó a nuestra visión con aquella venerable frase de apertura: “Si todo estuviera mañana dividido...”.

Y no obstante, teníamos una respuesta para esa objeción incluso en aquellos días, y aunque desde entonces hemos encontrado otras muchas, clarificará sin duda todo el tema el que yo repita ahora esta cuestión de principio. Es verdad que creo en los cuentos de hadas: en este sentido, en que me maravilla tanto lo que existe que estoy más dispuesto que otros a admitir

² La expresión inglesa “to put all the eggs in one basket”, que hemos traducido literalmente como “poner todos los huevos en el mismo cesto”, significa más o menos, en un español idiomático, “apostararlo todo a una sola carta”. Hemos preferido conservar la imagen del dicho en la lengua original, porque sin ella las frases siguientes no darían un sentido satisfactorio.

³ Referencia a la British Fabian Society, fundada en 1883, que trataba de lograr una transición gradual hacia el socialismo. George Bernard Shaw y Sidney Web eran miembros de esa sociedad.

que podrían existir otras cosas. Entiendo muy bien al hombre que cree en la serpiente de mar sobre la base de que hay muchos más peces en el mar que todos los que jamás hayan podido salir de él. Pero todavía lo entiendo mejor porque el otro hombre, el que niega la existencia de la serpiente de mar, en su ardor por negarla, lo hace siempre con el argumento de que, no sólo no hay serpientes en Islandia, sino que no las hay en ningún lugar del mundo. Suponed que el Sr. Bernard Shaw, comentando esta credulidad mía, me acusara de creer (apoyado en la palabra de algún clérigo mentiroso) que se podían tirar piedras al aire y quedar allí suspendidas como un arco iris. Suponed que él me dijera con delicadeza que yo no creería esta fábula papista de las piedras mágicas en cuanto alguien me hubiese explicado científicamente una sola vez la Ley de la Gravedad. Y suponed que, después de todo esto, yo descubriera que en realidad él sólo estaba hablando de la imposibilidad de construir un arco. Pienso que la mayoría de nosotros sacaría dos conclusiones importantes acerca de él y de su escuela. En primer lugar, pensaríamos que ellos están muy mal informados acerca de lo que significa realmente reconocer una ley de la naturaleza. Una ley de la naturaleza puede ser reconocida también a base de resistirla, o de manipularla, o incluso de usarla contra sí misma, como en el caso del arco. Y en segundo lugar, y con mucha más fuerza, tendríamos que considerarles sorprendentemente mal informados sobre lo que ya ha sido hecho sobre la tierra.

De igual manera, el primer hecho en la discusión acerca de si las pequeñas propiedades pueden existir es el hecho de que existen. Es un hecho igualmente inequívoco que no sólo existen, sino que permanecen. El Sr. Bernard Shaw afirmó, en una especie de furia concentrada, que “las propiedades pequeñas no permanecerán siendo pequeñas”. Ahora bien, es interesante observar aquí que quienes se oponen a cualquier cosa que se parezca a un pequeño propietario, aducen contra la propiedad dos argumentos sumamente incoherentes. Nos están diciendo constantemente que la vida de los campesinos en los países latinos o en otros es monótona, reaccionaria al progreso, está cubierta de espinosas supersticiones, y es una especie de residuo de la Edad de Piedra. Y sin embargo, al mismo tiempo que se burlan de su supervivencia, sostienen que esa vida no puede sobrevivir. Señalan al campesino como a una especie de palo clavado inamoviblemente en el barro; y luego se niegan a plantarlo en ningún sitio, precisamente con el argumento de que no va a resistir clavado allí. Ahora bien, el primero de los dos tipos de acusación puede defenderse con facilidad; pero para poder acusar a los campesinos, los críticos tienen que admitir que existen. Y si fuera verdad que tienden siempre a desaparecer rápidamente, no podría ser verdad que ponen de manifiesto esas costumbres primitivas y esas opiniones conservadoras que no sólo de hecho manifiestan, sino que además los mismos críticos les acusan de manifiestar. Desde el sentido común, no pueden acusar a una cosa a la vez de ser anticuada y de ser efímera. Por supuesto, la cruda realidad de los hechos, vistos a la luz del día, es que las pequeñas propiedades de los campesinos no son efímeras. Pero, en todo caso, el Sr. Bernard Shaw y su escuela no pueden querer decir que no se pueden construir arcos, y luego, que los arcos desfiguran el paisaje. El Estado Distributivo no es una hipótesis que él tenga que demoler. Es un fenómeno que tiene que explicar.

La verdad es que la idea de que la pequeña propiedad *evoluciona* hacia el capitalismo es una descripción exacta de lo que en la práctica no ocurre jamás. Esa verdad se pone de manifiesto incluso en hechos de la geografía, hechos que, me parece, han sido extrañamente pasados por alto. Nueve veces de diez, una

civilización industrial del tipo capitalista moderno no nace, aunque pudiera nacer en cualquier otro sitio, en lugares donde ha habido hasta entonces una civilización distributiva, como por ejemplo, un campesinado. El capitalismo es un monstruo que crece en los desiertos. La servidumbre industrial ha surgido casi en todas partes en esos espacios vacíos donde la antigua civilización era escasa o estaba ausente. Así, creció fácilmente más fácilmente en el Norte de Inglaterra que en el Sur; precisamente porque el Norte había estado comparativamente vacío y había sido comparativamente bárbaro a lo largo de todas las épocas, cuando el Sur tenía una civilización de gremios y de campesinos. Así, ha crecido más fácilmente en el continente americano que en Europa; precisamente porque en América no tenía nada que sustituir, excepto unos pocos salvajes, mientras que en Europa tenía que suplantar una cultura de una muchedumbre de granjeros.⁴ En todas partes, no ha supuesto más que una zancada pasar de la cabaña de barro a la ciudad industrial. En todas partes, cuando la cabaña de barro se había convertido verdaderamente en una granja libre, ésta no se ha movido jamás un milímetro hacia la ciudad industrial. Dondequiera que estaban sólo el simple señor y el simple siervo, podían casi inmediatamente transformarse en el simple empleador y el simple empleado. Dondequiera que había estado el hombre libre, incluso si era relativamente menos rico y menos poderoso, el mero recuerdo de lo que él era ha hecho imposible un capitalismo industrial completo. Es un enemigo el que ha sembrado esas cizañas, pero incluso como enemigo, es un cobarde. Porque sólo puede sembrar en lugares desolados, donde ningún trigo pueda brotar y ahogarlas.

Para volver a tomar nuestra parábola inicial, lo que decimos es en primer lugar que los arcos existen; y que no sólo existen, sino que permanecen. Una centena de acueductos romanos están ahí para mostrar que pueden permanecer tanto tiempo o más que cualquier otra cosa. Y si una persona progresista viene a informarnos que un arco se transforma siempre en la chimenea de una fábrica, o incluso que un arco se cae siempre porque es más frágil que la chimenea de una fábrica, o incluso que siempre que un arco se cae la gente se da cuenta de que tienen que sustituirlo por la chimenea de una fábrica, bueno, pues tendremos la audacia de poner en duda cada una de esas tres afirmaciones. Todo lo que podríamos admitir tal vez es que el principio que sostiene la chimenea es más simple que el que sostiene el arco; y que por esa sencilla razón, la chimenea de la fábrica, al igual que la torre feudal, puede alzarse con más facilidad en una soledad llena de aullidos.⁵

Pero la imagen tiene todavía otra aplicación. Si en este momento los países latinos han venido a ser en gran medida nuestro modelo en el asunto de la pequeña propiedad, es sólo porque han sido, en ciertos períodos de la historia, los únicos ejemplares de lo que era un arco. Hubo un tiempo en el que todos los arcos que había eran arcos romanos; y en el que un hombre que vivía

4 Se piense lo que se piense de esta apreciación de Chesterton, lo cierto es que para que el capitalismo como él lo entiende (que sería igualmente aplicable al nazismo, a la Rusia de Stalin, y al pensamiento económico, tanto de los liberales como de los socialistas españoles actuales), digo, para que ese capitalismo haya podido instalarse en Europa, ha sido preciso primero destruir Europa mediante dos Guerras. Y lo mismo podría decirse de Japón, donde ha sido preciso destruir una de las culturas más exquisitas de la historia, aunque desconociera ese "profundo estupor ante la dignidad de la persona humana" que se llama cristianismo, y fuera por tanto más frágil ante otras servidumbres.

5 La expresión inglesa usada aquí por Chesterton contiene, o está influida, por una expresión de la Biblia inglesa, que designa de ese modo el desierto del Sinaí, cf. Dt 32, 10.

en las orillas del Liffey⁶ o del Támesis sabía tan poco acerca de arcos como el Sr. Bernard Shaw sabe hoy acerca de campesinos propietarios. Pero eso no significa que nosotros estemos luchando por algo que es simplemente extranjero, o que queramos promover el arco como una especie de enseña italiana; de la misma manera que no queremos que el Támesis sea tan amarillo como el Tíber, o que no tenemos una preferencia particular por los macarrones o por la malaria.⁷ El principio del arco es humano, y por tanto, aplicable a toda la humanidad y utilizable por toda ella. Así lo es también el principio de una propiedad privada bien distribuida. El que sólo unos pocos arcos Romanos hayan permanecido en Gran Bretaña, y sólo en ruinas, no es una prueba de que no se pueden construir arcos, sino, muy al contrario, una prueba de que se puede.

Y ahora, para completar la coincidencia, o la analogía, ¿cuál es el principio del arco? Puedes llamarlo, si quieres, una ofensa a la ley de la gravedad; aunque sería más correcto si lo llamas una apelación a esa misma ley de la gravedad. El principio afirma que, combinando unas piedras distintas, con una forma determinada y de un determinado modo, podemos asegurar que su misma tendencia a caer les impedirá caer. Y aunque mi imagen es sólo una ilustración, se mantiene en gran medida hasta funcionar bien en el detalle de unas propiedades muy semejantes. Lo que sujeta al arco es una igualdad de la presión de las distintas piedras sobre las demás. La igualdad es a la vez ayuda mutua y mutua obstrucción. No es difícil mostrar que en una sociedad sana la presión moral de las diferentes propiedades privadas actúa exactamente de la misma manera. Pero si la escuela que se opone a esto encuentra que esta clave o que esta comparación es insuficiente, tendrá que encontrar otra. Decir que cualquier ley, como la del alquiler, se opone a esa afirmación, sólo es verdadero en el mismo sentido en el que muchas leyes naturales se oponen a toda moralidad, y a los aspectos más esenciales de la humanidad misma. En ese sentido, los argumentos científicos son tan irrelevantes respecto a nuestra defensa de la propiedad como cuando el Sr. Bernard Shaw solía decir que lo eran para sus ataques a la vivisección.

Por último, no sólo es verdad que el arco de la propiedad permanece, es también verdad que la construcción de esos arcos aumenta, tanto en cantidad como en calidad. Por ejemplo, el campesino francés anterior a la Revolución Francesa ya era un propietario sin apenas limitaciones; y la Revolución ha hecho su propiedad más privada y más absoluta, no menos. Los Franceses están ahora menos inclinados que nunca a abandonar el sistema, cuando se ha demostrado por segunda vez, si es que no por centésima vez, que es el tipo más estable de prosperidad en las angustias de la guerra. Una revolución tan heroica como la francesa, en incluso más indomable, ha dejado en Irlanda de lado por igual el sueño socialista y el realismo capitalista, con una energía tan arrolladora que nadie se ha atrevido hasta ahora a predecir sus límites. Así, cuando el arco de medio punto de los Romanos y de los Normandos había permanecido ya durante épocas enteras como una especie de reliquia, el renacimiento del Cristianismo encontró para él una nueva aplicación y una nueva utilidad. Se alzó en un instante a la estatura titánica de lo Gótico; donde el hombre parecía ser un dios que había colgado sus mundos de la nada.

⁶ Río de Irlanda que cruza la ciudad de Dublín.

⁷ La referencia a la malaria se explica porque en un tiempo, antes de que se desecasen muchas zonas pantanosas y se cultivase una higiene más rigurosa, la malaria era un riesgo importante en amplias partes de Italia, y eso especialmente para los extranjeros no habituados. Que eso formaba parte de la imaginativa anglo-sajona acerca de Italia, casi tan característica de ella como los macarrones, lo demuestran algunas de las novelas de Henry James.

Entonces se desveló de nuevo algo de aquel antiguo secreto que describía tan extrañamente al sacerdote como un constructor de puentes. Y cuando yo miro hoy a alguno de esos puentes que él construyó sobre el aire, puedo entender que un hombre los considere imposibles, como la única manera posible de alabarlos.

¿Qué entendemos por esa “igualdad de presión” semejante a la de las piedras en un arco? Ya se hablará más delante de esto en detalle; pero en general queremos decir que la pasión moderna por un incesante y desasosegado comprar y vender va de la mano con la desigualdad extrema de unos hombres que son demasiado ricos y otros demasiado pobres. La explicación de la estabilidad de los campesinados (que sus oponentes se ven obligados sencillamente a dejar sin explicación) es que, donde esa independencia existe, es valorada exactamente igual que es valorada cualquier otra dignidad cuando se la ve como normal para el hombre; del mismo modo que ningún hombre va desnudo o que nadie paga para que le golpeen con un palo.

La teoría de que aquellos que empiezan siendo razonablemente iguales no pueden permanecer razonablemente iguales es una falacia fundada por entero en una sociedad en la que ya empiezan siendo sumamente desiguales. Es muy verdad que, cuando el capitalismo ha pasado un cierto límite, los fragmentos rotos de propiedad que quedan son devorados con suma facilidad. En otras palabras, esa teoría es verdad cuando hay una cantidad pequeña de pequeña propiedad; pero no es verdad en absoluto cuando hay una gran cantidad de pequeña propiedad. Argumentar a partir de lo que ha sucedido en la avalancha de los grandes negocios y en la desbandada de unos pequeños negocios dispersos, para llegar a afirmar lo que tiene que suceder siempre, incluso cuando las partes están más igualadas, es bastante ilógico. Es probar, a partir de Niágara, que no existen lagos. Porque una vez que has inclinado el lago, *toda* el agua se precipitará en una dirección; igual que toda la tendencia económica de la desigualdad capitalista se precipita en una dirección. Deja al lago como lago, o a la igualdad de nivel como igualdad de nivel, y no hay nada que le impida al lago permanecer hasta que el mundo se venga abajo —al igual que parece muy probable que muchas formas de campesinado permanezcan hasta el fin del mundo. Este hecho está probado por la experiencia, incluso si no se explica por la experiencia; pero, de hecho, es posible no sólo proponer la experiencia, sino sugerir la explicación. La verdad es que no hay la menor tendencia a la desaparición de la pequeña propiedad hasta que esa propiedad llega a ser tan pequeña que ya deja de funcionar en absoluto como propiedad. Si un hombre tiene cien acres y otro hombre tiene medio acre, es muy probable que el último sea incapaz de vivir de ese medio acre. Entonces tendrá una inclinación económica a vender su tierra, y a hacer que el otro hombre se sienta el orgulloso poseedor de cien acres y medio. Pero si un hombre tiene treinta acres y el otro tiene cuarenta acres, no hay ninguna tendencia a hacer que el primer hombre venda su tierra al segundo. Es simplemente falso decir que el primer hombre no puede sentirse seguro con sus treinta acres o que el segundo hombre no puede estar contento con sus cuarenta. Eso es sencillamente un sinsentido; exactamente igual que lo sería decir que un hombre que tiene un perro Bull terrier estará obligado a vendérselo a otro hombre que tiene un mastín. Es igual de lógico que decir que no puedo tener un caballo porque un vecino excéntrico mío tiene un elefante.

No es necesario insistir en que, quienes sostienen que una propiedad más o menos igualitaria no puede existir, basan toda su argumentación en la idea de ha existido. Tienen que suponer, en orden a probar lo que quieren probar, que las gentes de Inglaterra, por ejemplo, empezaron siendo iguales y luego alcanzaron rápidamente la desigualdad. Y sólo sirve para redondear lo divertido de su posición el que tengan que suponer la existencia de eso que ellos consideran imposible apoyándose precisamente en un caso histórico concreto en el que justamente no ha existido. Hablan como si diez mineros hubieran echado una carrera, y uno de ellos se hubiera convertido en el Duque de Northumberland. Hablan como si el primer Rothschild hubiera sido un campesino que pacientemente hubiera plantado unas coles mejores que los otros campesinos. La verdad es que Inglaterra se convirtió en un país capitalista porque durante mucho tiempo había sido una oligarquía. Sería mucho más difícil señalar de qué manera un país como Dinamarca tiene, por necesidad, que convertirse en una oligarquía. Pero los argumentos se hacen mucho más fuertes cuando al sentido común económico se le añade el ético. Una vez que se ha establecido una propiedad ampliamente dispersa, hay una opinión pública que es más fuerte que ninguna ley; y con mucha frecuencia (algo que es todavía más notable en los tiempos modernos) una ley es en realidad una expresión de la opinión pública. Puede ser muy difícil para quienes sólo conocemos el mundo moderno imaginarnos un mundo en que los hombres por lo general no son admirados por su avaricia o por su capacidad de aplastar a sus vecinos; pero yo puedo asegurar que esos misteriosos trozos de un paraíso terrenal siguen existiendo realmente en la tierra.

La verdad es que esta primera objeción de la imposibilidad de la pequeña propiedad privada considerada en abstracto se desinfla del todo frente a los hechos de experiencia y de la naturaleza humana. No es verdad que una costumbre moralmente buena no puede tener a la mayoría de los hombres contentos dentro de un estatus moral también razonablemente bueno, y hacer que se preocupen de defenderla. Es como si dijéramos que, debido a que algunos hombres son más atractivos para las mujeres que otros, en consecuencia, los habitantes de Balham bajo la Reina Victoria no podían en modo alguno haber ordenado sus vidas sobre la base de un modelo monógamo, con un hombre para cada esposa. Más tarde o más temprano, podría decirse, todas las mujeres se hallarían arracimadas junto a los pocos que les resultaban fascinantes, y a la multitud de los menos atractivos sólo le quedaría la soltería. Más tarde o más temprano, el barrio tendría que consistir en cien ermitas y tres *harems*. Pero la realidad no es ésa. No es ésa hoy, suceda lo que suceda si la tradición moral del matrimonio se perdiera realmente en Balham. Mientras esa tradición moral esté viva, mientras robarles a otros sus mujeres sea considerado una cosa reprobable, o el ser fiel a una esposa sea algo admirado, habrá límites a la medida en que, incluso el libertino más salvaje de Balham, puede alterar el equilibrio de los sexos. Del mismo modo, cualquier arrebatador de tierras encontrará muy pronto que hay límites a la cantidad de tierra que puede comprar en un pueblo irlandés, o español, o serbio. Cuando de verdad se piensa que apoderarse de la viña de Nabot es odioso,⁸ como lo es robarle la mujer a Urías,⁹ no hay demasiada dificultad para encontrar un profeta local que

8 el episodio del rey Ajab queriendo comprar la pequeña viña de Nabot, situada junto al palacio del rey, seguido del asesinato de Nabot ante su negativa a vender el patrimonio de sus padres por instigación de la mujer del rey, Jezabel, es un episodio bíblico que se narra en 1 R 21.

9 Alusión a otro episodio bíblico, que narra cómo David, enamorado de la mujer de Urías, y habiendo tenido relaciones con ella, de las que ella esperaba un hijo, hace lo posible para

pronuncie el juicio del Señor. En una atmósfera de Capitalismo, el hombre que añade a sus posesiones un campo tras otro es adulado; pero en una atmósfera de propiedad será muy pronto objeto de escarnio o incluso apedreado. El resultado será que el pueblo no se ha hundido en la plutocracia, ni el barrio en la poligamia.

La propiedad es una cuestión de honor. El verdadero contrario de la palabra "propiedad" es la palabra "prostitución". Y no es verdad que un ser humano habrá siempre de vender lo que es sagrado en el sentido de que es su posesión propia, sea su cuerpo o sea su tierra. Unos pocos lo hacen, en los dos casos; y al hacerlo, siempre se convierten en proscritos. Pero no es verdad que la mayoría de las personas tiene que hacerlo; y quienquiera que diga eso, es un ignorante, no de nuestros planes y de nuestras propuestas, no de las visiones y de los ideales de nadie, no del distributismo o de la división del capital mediante tal o cual procedimiento, sino de los hechos de la historia y de la sustancia de la humanidad. Es un bárbaro que nunca ha visto un arco.

En los apuntes que he reunido aquí aparecerá como evidente, por supuesto, que la restauración de este modelo, aunque simple en sí misma, es mucho más complicada en una sociedad complicada. Aquí no he hecho más que esbozarla en su forma más simple, tal y como estuvo en los comienzos de nuestra discusión, y tal y como está todavía hoy. No voy a prestar la menor atención a la idea de que semejante "reacción" no puede existir. Sostengo ese viejo dogma misterioso de que lo que el hombre ha hecho una vez, el hombre lo puede volver a hacer. Mis críticos parecen sostener un dogma todavía más misterioso: que el hombre no puede en modo alguno hacer una cosa porque ya la ha hecho. Eso es lo que parece querer decirse cuando se habla de que la pequeña propiedad es algo "anticuado". Lo que realmente significa es que toda la propiedad está muerta. No hay nada a lo que aspirar si se sigue caminado por las líneas por las que vamos actualmente, excepto la creciente pérdida de propiedad por parte de todo el mundo, como algo que es devorado por un sistema igualmente impersonal e inhumano, sea que lo llamemos comunismo o capitalismo. Si no podemos volver atrás, no parece que valga la pena seguir hacia delante.

No hay delante de nosotros nada excepto una gran planicie desértica gracias a la estandarización, venga ésta del bolchevismo o de los grandes negocios. Pero es extraño que algunos de nosotros hayamos podido ver qué es una sociedad sana, aunque sólo sea en una especie de visión, mientras los demás siguen yendo hacia delante, encadenados eternamente a un crecimiento sin libertad, y a un progreso sin esperanza.

disimular su pecado intentando que Urías, que estaba en el frente, volviera a casa y tuviera relaciones con su mujer, y ante el fracaso de sus planes, termina haciendo que mataran a Urías para poder quedarse con ella. Cf. 2 S 11-12.

II

EL PELIGRO DE LA HORA PRESENTE

Cuando estamos por un momento satisfechos, o saciados, de haber leído las últimas noticias de los más altos círculos sociales, o los informes más exactos de los tribunales de justicia de mayor responsabilidad, nos volvemos naturalmente a la historia por entregas del periódico, titulada: "Envenenado por su madre", o "El misterio del anillo de bodas de Crimson", en busca de algo más calmado y más serenamente convincente, más relajante, más doméstico, y más parecido a la vida real. Pero a la vez que pasamos las páginas, al pasar de los hechos increíbles a la ficción comparativamente más creíble, es muy probable que encontremos alguna frase concreta relativa al tema general de la degeneración social. Esa frase forma parte de un cierto número de frases que parecen estar guardadas en un bloque sólido ya compuesto en las imprentas de los periódicos. Como la mayoría de esas afirmaciones sólidas, tiene el valor de un calmante. Es igual que esos titulares del tipo de "Esperanzas de una solución", gracias a los cuales sabemos que no hay solución a la vista; o ese otro lugar común de "El comercio revive", que es parte del revivir periódicamente del comercio periodístico. La frase a la que me refiero tiene este efecto: que los temores acerca de la degeneración social no tienen por qué alarmarnos, porque esos temores se han expresado en todas las épocas; y siempre hay personas románticas y nostálgicas del pasado, poetas, y otros descontentos, a quienes les gusta mirar hacia atrás, hacia los "buenos viejos tiempos" que sólo existen en su imaginación.

La señal característica de tales declaraciones es que parecen dar satisfacción a la mente: en otras palabras, la señal de ese tipo de pensamientos es que consiguen que dejemos de pensar. El hombre que ha ensalzado de ese modo el progreso ya no considera necesario progresar más. El hombre que ha menospreciado una queja porque es anticuada, ya no piensa que sea necesario decir nada nuevo. Se contenta con repetir esta apología de las cosas tal como están; y parece incapaz de ofrecer ningún pensamiento nuevo sobre el tema. Ahora bien, y en el puro terreno de los hechos, hay otros pensamientos que podrían venir sugeridos por el tema mismo. Por supuesto, es muy verdadero que esta idea de la decadencia de un estado de cosas se ha manifestado en muchas épocas, y se encuentra en la boca de muchas personas, algunas de ellas, desgraciadamente, poetas. Así, por ejemplo, a Lord Byron, tan dependiente él de sus estados de ánimo y tan melodramático, se le metió en la cabeza de una u otra manera que las Islas de Grecia eran menos gloriosas en las artes y en las armas durante los últimos días del dominio Turco que en los días de la batalla de Salamina¹ o la República de Platón. Así también Wordsworth, de una manera igualmente sentimental, parece insinuar que la República de Venecia no era ya tan poderosa cuando Napoleón la pisoteó como se pisotea un ascua agonizante como cuando su comercio y su arte llenó los mares del mundo en una conflagración de colorido. Así igualmente, muchos escritores de los siglos Dieciocho y Diecinueve se han atrevido a ir tan lejos como para sugerir que la España moderna ha jugado un papel menos predominante que el que España

¹ La isla de Salamina fue el escenario de la victoria naval de los griegos sobre los persas en el año 480 a. C.

tuvo en los días del descubrimiento de América y de la victoria de Lepanto.² Y algunos, más carentes todavía de ese optimismo que es el alma misma del comercio, han hecho una comparación igualmente perversa entre las condiciones antiguas y recientes de la aristocracia comercial de Holanda. Algunos se han atrevido a mantener incluso que Tiro y Sidón ya no están tan de moda como solían estar; y alguien ha dicho algo alguna vez sobre “las ruinas de Cartago”.

En un lenguaje algo más simple, podemos decir que todo este argumento tiene un agujero muy grande y muy obvio dentro de sí. Cuando un hombre dice: “La gente era tan pesimista como usted en sociedades que no estaban en decadencia, sino que estaban incluso progresando”, está permitido replicarle: “Cierto, pero también la gente era tan optimista como usted en sociedades que realmente habían decaído”. Porque, después de todo, hubo sociedades que realmente se vinieron abajo. Es verdad que Horacio dijo que toda generación parecía ser peor que la anterior, queriendo decir que Roma estaba al borde de la ruina en el preciso momento en que todo el mundo exterior estaba siendo sometido por las águilas imperiales. Pero es muy verosímil que el último y olvidado poeta cortesano, ensalzando al último Augustulus en la estirada corte de Bizancio, haya contradicho todos los sediciosos rumores de decadencia social, exactamente igual que hacen nuestros periódicos, diciendo que, después de todo, Horacio ya había dicho lo mismo. Y es también posible que Horacio tuviera razón; y que fuera en su tiempo cuando se dio el giro que condujo, desde Horacio en el puente a Heraclio en el palacio; que si es verdad que Roma no iba a ser echada inmediatamente a los perros, los perros estaban ya llegando a Roma, y su aullido distante pudo ser oído por primera vez en aquella hora de águilas; que había comenzado entonces un gran avance que era a la vez una larga decadencia, que terminaría en los siglos oscuros. Roma había retornado al Lobo.

Digo que esta manera de ver las cosas es, cuando menos, sostenible, aunque no representa mi propia posición; pero es lo suficientemente razonable como para negarse a ser dada de lado con la sonrisa barata del tópico al uso. Ha habido, y puede haber, una cosa que se llama decadencia social; y la única cuestión, en un determinado momento, es la de saber si Bizancio ya había decaído, o si Inglaterra está ahora decayendo. En otras palabras, tenemos que juzgar cualquier caso de atribución de deterioro social a un determinado período por sí mismo, y en función de los argumentos que lo apoyan. No es una respuesta el decir algo que es, por supuesto, perfectamente verdadero, a saber, que algunas personas están naturalmente inclinadas al pesimismo. No les estamos juzgando a ellos, sino a la situación que ellos han juzgado bien o mal. Podemos decir, si queremos, que a todos los niños en edad escolar les desagrada ir a la escuela. Pero eso no obsta para decir que hay malas escuelas. Podemos decir que los agricultores siempre se quejan del tiempo. Pero existe una cosa que se llama una mala cosecha. Y tenemos que considerar seriamente, como una cuestión acerca de los datos del asunto y no acerca de los sentimientos del agricultor, si es posible que el mundo moral de la Inglaterra moderna nos acabe dando una mala cosecha.

² En 1571 la Santa Liga derrotó al Imperio Otomano en Lepanto. Esta victoria terminó con el dominio naval turco en el Mediterráneo.

Pues bien, las razones para ver el problema actual de Europa, y especialmente el de Inglaterra, como sumamente trágico y amenazador, son razones enteramente objetivas; y no tienen absolutamente nada que ver con este supuesto estado de ánimo de reacción melancólica. El sistema actual, llamémosle capitalista o démosle cualquier otro nombre, especialmente tal como existe en los países industrializados, se ha convertido ya en un peligro; y se está convirtiendo rápidamente en una trampa mortal. El mal es evidente en la experiencia más simple de los hombres concretos, y en la más fría ciencia económica. Para comenzar con la prueba práctica, ese mal no lo señalan los enemigos del sistema, sino que lo confiesan sus defensores. En los debates de nuestro tiempo acerca del trabajo, no son los empleados, sino los empresarios los que declaran que los negocios van mal. El exitoso hombre de negocios no está proclamando sus éxitos; está proclamando su bancarrota. La defensa que hacen del sistema los capitalistas es la mejor acusación contra el capitalismo. Y lo que es todavía más extraordinario, es que el exponente del capitalismo tiene que ir a caer en la retórica del Socialismo. Se contenta con decir que los mineros o los ferroviarios tienen que seguir trabajando "en interés del público". Se observará que los capitalistas hoy no usan jamás el argumento de la propiedad privada. Se limitan enteramente a esta especie de versión sentimental de una responsabilidad social genérica. Es divertido leer a la prensa capitalista cuando habla sobre cómo los socialistas apelan sentimentalmente a favor de unas gentes "fracasadas". Hoy es el principal argumento de casi todos los capitalistas cada vez que hay una huelga el decir que está al borde de la quiebra y del fracaso.

Tengo una simple objeción a este argumento simple de los periódicos acerca de las huelgas y del peligro socialista. Mi objeción es que su argumentación lleva directamente al socialismo. Por sí mismo, no puede llevar seguramente a ninguna otra parte. Si los trabajadores han de seguir trabajando porque son servidores públicos, no puede deducirse otra cosa sino que deben ser servidores de la autoridad pública. Si el gobierno tiene que actuar a favor de los intereses del público, y no hay nada más que decir, entonces evidentemente el gobierno debe tomar en sus manos todo el negocio, y tampoco hay nada más que hacer. No creo que el asunto sea tan simple como esto que acabo de decir; pero ellos sí que piensan que lo es. Yo no pienso que este argumento a favor del socialismo sea concluyente. Pero según lo que argumentan los anti-socialistas, el argumento a favor del socialismo es bastante concluyente. Sólo el público tiene que ser tenido en consideración, y el gobierno puede hacer lo que quiera mientras tenga en consideración al público. Partiendo de ahí, podría un día no tener en consideración la libertad de los empleados, y forzarles a trabajar, incluso posiblemente encadenados. También podría no tener en consideración la propiedad de los empresarios, y pagar al proletariado en vez de ellos, sacándoles a aquellos el dinero, si fuera necesario, de los bolsillos de sus pantalones. Todas estas consecuencias se siguen de la doctrina sumamente bolchevique que se nos grita cada mañana desde la prensa capitalista. Eso es todo lo que tienen que decirnos; y si eso es lo único que hay que decir, entonces el socialismo es lo único que hay que hacer.

En el último párrafo se observa que, si no nos quedasen más recursos que los que nos da la lógica de los escritores más importantes acerca del peligro socialista, esos recursos no podrían hacer otra cosa que no sea llevarnos directamente al socialismo. Pero como algunos de nosotros, con todo el corazón y el vigor que tenemos, nos negamos a ser conducidos al socialismo, hemos adoptado hace mucho tiempo la alternativa más dura, que se llama tratar de

pensar las cosas. Y es que aterrizaremos ciertamente en el socialismo, o en el puro caos y en la ruina, si no hacemos un esfuerzo por ver la situación en su conjunto, aparte de nuestras irritaciones inmediatas. Ahora bien, el sistema capitalista, bueno o malo, correcto o equivocado, se apoya en dos ideas: que los ricos serán siempre lo suficientemente ricos como para emplear a los pobres; y que los pobres serán siempre lo suficientemente pobres como para querer ser empleados. Pero también da por supuesto que cada uno de los bandos está regateando con el otro, y que *ninguno* de los dos está pensando en primer lugar en el público. El propietario de un *ómnibus*³ no lo hace circular para el bien de toda la humanidad, a pesar de la fraternidad universal que se proclama en el nombre latino del vehículo. Lo hace circular para obtener un beneficio para sí mismo, y el hombre más pobre consiente en conducirlo con la finalidad de obtener un salario para sí mismo. De modo semejante, el responsable del *ómnibus* no está lleno de un deseo altruista y abstracto por poder conducir un *ómnibus* lleno de gente, en lugar de que cada uno tenga que llevar su bastón. No quiere conducir autobuses porque conducir represente para él las tres cuartas partes de la vida. Está luchando por el sueldo más alto que pueda conseguir. Ahora bien, el argumento a favor del capitalismo era que *mediante* este regateo privado el público realmente obtenía el mejor servicio. Y así ha sido por algún tiempo. Pero el único argumento original a favor del capitalismo colapsa por entero en cuanto tengamos que pedir a alguna de las dos partes que vayan adelante por el bien del público. Si el capitalismo no puede pagar como salarios unas cantidades que tienten a los hombres a trabajar, entonces el capitalismo está sencillamente en bancarrota, a partir de los propios principios capitalistas. Si un mercader de té no puede pagar a sus empleados, y no puede importar té sin empleados, su negocio se ha hundido y ha llegado a su fin. A nadie en las antiguas condiciones capitalistas se le ocurrió decir que los empleados estaban obligados a trabajar por un salario menor con el fin de que una pobre anciana pudiera tomarse una taza de te.

Así, es realmente la prensa capitalista la que demuestra, sobre la base de principios capitalistas, que el capitalismo ha llegado a su fin. Si no fuera así, no tendrían la necesidad de hacer las invocaciones sociales y sentimentales que hacen. No tendrían necesidad de apelar a la intervención del gobierno como los socialistas. No hubieran tenido la necesidad de alegar el desagrado de los pasajeros como unos sentimentales o unos altruistas. La verdad es que todo el mundo ha abandonado ahora el tipo de argumentación sobre la que reposaba todo el viejo capitalismo: esa argumentación que defendía que, si a los hombres se les dejaba negociar individualmente, el público se beneficiaría de forma automática. Tenemos que encontrar una fundamentación nueva de la vida económica de algún tipo; y los conservadores de la clase común están recayendo en la fundamentación comunista sin darse cuenta. Ahora bien, yo renuncio con todo respeto a recaer en la fundamentación comunista. Pero estoy igualmente seguro de que es perfectamente imposible seguir apoyándose en la antigua fundamentación capitalista. Los que tratan de hacerlo se atan a sí mismos con unos nudos del todo imposibles. Los asuntos más prácticos y urgentes del momento ponen de manifiesto la contradicción un día tras otro. Por ejemplo, cuando una gran huelga o un encierro tiene lugar en un gran negocio como el de las minas, siempre se nos asegura por todas partes que no se ahorraría mucho con cortar los beneficios privados, porque esos beneficios privados son ahora despreciables, y porque el negocio en cuestión no está en

3 Palabra latina usada en los comienzos del siglo XX para designar a un autobús o a un autocar, y que significa, traducida literalmente, "para todos".

estos momentos enriqueciendo mucho a unos pocos a costa de los demás. Valga lo que valga este argumento concreto, lo que es obvio es que destruye por completo el argumento general. Porque el argumento general a favor del capitalismo o el individualismo es que los hombres no se van a arriesgar a menos que haya en la lotería unos premios considerables. Es lo que se conoce en todos los debates de tipo social como el argumento del “incentivo del beneficio”. Pero si no hay beneficio, ciertamente no hay incentivo. Si los poseedores de derechos reales, de patentes y de acciones, sólo obtienen un pequeño beneficio, inseguro o dudoso, de la actividad de sacar beneficio, parece como si pudieran igualmente caer en la baja condición de los soldados o de los servidores de la sociedad. Nunca he comprendido, dicho sea de paso, por qué los conservadores están siempre tan ansiosos de probar, contra el socialismo, que los “servidores del estado” tienen que ser a la fuerza incompetentes y perezosos. Seguramente, se podría dejar a otros la tarea de señalar la somnolencia de Nelson⁴ o la aburrida rutina de Gordon.⁵

Pero este colapso del individualismo industrial, que no es sólo un colapso sino una contradicción (puesto que tiene que contradecir todas sus reglas más comunes), no es sólo un accidente de nuestra condición, aunque esté más pronunciado en nuestro país. Cualquiera que pueda pensar en esas cosas eminentemente prácticas que se llaman teorías terminará viendo más tarde o más temprano que esa parálisis del sistema es inevitable. El capitalismo es una contradicción; es incluso una contradicción terminológica. Necesita mucho tiempo para recorrer el círculo completo, y todavía mucho más para ver que lo ha hecho; pero la rueda ha dado ya toda la vuelta ahora. El capitalismo es contradictorio tan pronto como está completo; porque consiste en tratar con la masa de los hombres de dos maneras contrapuestas al mismo tiempo. Cuando la mayoría de los hombres son asalariados, se hace más y más difícil para la mayoría de los hombres el ser clientes. Pues el capitalista está tratando siempre de cortar a la baja lo que pide su siervo, y así está cortando a la baja lo que su cliente puede gastar. Tan pronto como su negocio tropieza con alguna dificultad, como sucede ahora con el negocio del carbón, trata de reducir lo que puede gastarse en salarios, y al hacerlo, reduce lo que otros pueden gastarse en carbón. Quiere que el mismo hombre sea pobre y rico a la vez. Esta contradicción del capitalismo no aparece en sus estadios primeros, porque hay todavía poblaciones que no han sido reducidas a la común condición de proletarios. Pero tan pronto como los ricos en su totalidad están empleando a la totalidad de los asalariados, esa contradicción les salta a la cara como un juicio y una condenación llenos de ironía. Empresario y empleado se simplifican y solidifican, y quedan reducidos a la relación de Robinson Crusoe y su siervo y compañero Viernes.⁶ Robinson Crusoe puede decir que tiene dos problemas: la

4 Horacio Nelson (1758-1805), noble, militar y marino inglés, uno de los marinos más célebres de la historia, que destacó en las guerras napoleónicas y obtuvo su mayor victoria en la batalla de Trafalgar, en la que perdió la vida. Ciertamente, hablar de “somnolencia” en relación con Nelson es un golpe de ironía de Chesterton.

5 También otro toque de ironía. Chesterton se refiere seguramente a Alexander Gordon Laing (1793-1826), explorador escocés que perteneció al Royal African Corps, y exploró diversas regiones de África, desde Sierra Leona hasta Mali, pasando por Libia, Túnez y Argelia. Su vida fue una aventura constante.

6 Alusión a la famosísima novela de Daniel Defoe, considerada la primera novela inglesa, publicada en 1719. Su título completo describe en buena medida su contenido: *La vida e increíbles aventuras de Robinson Crusoe, marinero de York; quien tras ser el único superviviente de un barco mercante, naufrago veintiocho años completamente solo en una isla deshabitada cerca de la desembocadura del río Orinoco de América, y posteriormente liberado insólitamente por piratas; escrito*

demanda de un trabajo barato, y la prospectiva de comercio con los nativos. Pero mientras que esté tratando estas dos cuestiones diferentes con el mismo hombre, se va a encontrar con un caos. Robinson Crusoe puede tal vez forzar a Viernes a trabajar por nada más que su puro mantenimiento, puesto que el hombre blanco poseía todas las armas. Como en el paralelo de Geddes,⁷ puede incluso ahorrar por medio de un hacha. Pero lo que no puede es reducir el salario de Viernes a la nada, y luego esperar que Viernes le traiga oro y plata y perlas orientales a cambio de ron y rifles. Ahora, en la misma proporción en la que el capitalismo cubre la tierra entera, vincula a grandes poblaciones y es regido por un sistema centralizado, más y más se incrementa su parecido con las solitarias figuras en la isla perdida. Si el negocio con los nativos se está viniendo abajo, hasta el punto de requerir que los sueldos de los nativos también se vengán abajo, sólo podemos decir que el asunto es mucho más trágico si la excusa es verdadera que en el caso de que fuese falsa. Sólo podemos decir que Crusoe está ahora realmente solo, y que Viernes es sin duda un desgraciado.

Pienso que es muy importante que la gente entienda que hay un principio operativo detrás de los desórdenes industriales de Inglaterra en nuestro tiempo; y que, sea quien sea quien tiene razón o quien está equivocado en cualquier disputa concreta, ninguna persona o ningún partido en particular es responsable de que nuestro experimento comercial tenga que hacer frente al fracaso. En cuanto la sociedad asalariada empieza a perder beneficios y a rebajar los salarios terminará por caer en un círculo vicioso. Y aunque algunos países industrializados son todavía lo suficientemente ricos como para permanecer ignorantes de la tensión, eso se debe sólo a que su progreso es incompleto; cuando alcancen la meta, se encontrarán con el dilema. En nuestro propio país, que a la mayoría de nosotros es lo que más preocupa, ya estamos cayendo en ese círculo vicioso de unos salarios que se hundén y una demanda que disminuye. Y como voy a proponer aquí, aunque sea de un modo muy esquemático, la línea de escape de esta trampa que se cierra lentamente sobre nosotros, y como conozco algunas de las cosas que se dicen comúnmente acerca de esta propuesta, tengo un motivo para recordar al lector estas cosas en este escenario.

“¡Seguridad! ¡Por supuesto que no hay seguridad! Hay sólo una remota posibilidad de escapar al patíbulo”. Esa fue la intemperante exclamación del Capitán Wicks en la novela de R. L. Stevenson.⁸ Y el mismo novelista ha puesto un pasaje de candor semejante en la boca de Alan Breck Stewart:⁹ “But mind you, it’s no small thing! Te maun lie bare and hard ... y tendrás que dormir con tu mano puesta sobre tus armas. Aye, man, ye shall taigle many a weary foot or we get clear. Te digo esto al comienzo, porque es una vida que conozco bien. Pero si me preguntas qué otras posibilidades te quedan, yo te respondo: ninguna”.

por él mismo. Viernes es un nativo de la región que llega a la isla, y se convierte en compañero, siervo y aprendiz de Robinson Crusoe.

⁷ Sir Eric Campbell Geddes (1875-1937), político inglés, administrador y hombre de negocios recordado sobre todo por sus recortes en el gasto nacional, conocidas con el nombre de “el hacha de Geddes”.

⁸ El capitán Wicks es uno de los personajes en la novella de R. L. Stevenson *The Wrecker* (1892), publicada en español como *Los traficantes de naufragios*.

⁹ Uno de los protagonistas de la novela *Kidnapped* (1886), publicada en español como *Las aventuras de David Balfour*.

Y yo mismo estoy tentado a veces a hablar de esta manera abrupta, después de escuchar a unas disquisiciones largas y académicas poniendo en duda la perfección detallada del estado distributista, comparada con la rica filicidad y el sosiego final que coronan nuestro estado capitalista e industrial actual. La gente nos pregunta cómo vamos a tratar a la mano de obra sin ninguna formación en los muelles, y qué tenemos para ofrecer a cambio de la popularidad radiante de Lord Devonport y de la permanente paz industrial del Puerto de Londres. Quienes nos preguntan qué haremos con los muelles rara vez se preguntan qué es lo que los muelles van a hacer consigo mismos, si nuestro comercio disminuye de manera constante, como el de tantas otras ciudades comerciales del pasado. Otras personas nos preguntan que cómo vamos a afrontar el problema de unos trabajadores que tienen acciones en un negocio que pudiera encontrarse con una bancarrota. Pero nunca se les ocurre responder a su propia pregunta en el marco de un estado capitalista en el que negocio tras negocio van a la ruina. Nosotros tenemos que tener respuesta acerca de cómo vamos a tratar las más pequeñas y remotas posibilidades de nuestra sociedad, que es más simple y estática, mientras que ellos no afrontan los hechos mucho más grandes y descarados que suceden en su propia sociedad, mucho más compleja y ya hundiéndose. Son tremendamente inquisitivos acerca de los detalles de nuestra propuesta, y quieren tener lista de antemano una ciencia de la casuística para todas las excepciones. Pero no se atreven a mirar de frente a su propio sistema, en el que la ruina se ha convertido en la norma. Otra gente quiere saber si a tal o cual máquina se le permitiría existir en tal o cual posición en nuestra utopía; como una exposición dentro de un museo, o un juguete en una guardería, o un "instrumento de tortura del siglo XX" que se enseña en la Cámara de los Horrores. Pero quienes nos preguntan con tanta ansiedad cómo los hombres van a trabajar sin máquinas no nos dicen cómo van a trabajar las máquinas si los hombres no las manejan, o cómo van a trabajar las máquinas y los hombres si no hay trabajo que hacer. Están tan deseosos de ver los puntos débiles de nuestra propuesta que no han descubierto todavía si hay algún punto fuerte en su propia práctica. ¡Qué curioso que nuestra visión vana y sentimental les resulte algo tan nítido a estos realistas que pueden verla en todo su detalle; y que su propia realidad les resulte tan vaga a ellos mismos que no puedan verla en absoluto, hasta tal punto que no pueden ver el dato más obvio y más abrumador acerca de ella, y es que ya no está.

Porque una de las bromas más crudas y truculentas acerca de la situación es que la mismísima queja que ellos alzan siempre contra nosotros es especial y concretamente verdadera acerca de ellos. Están diciéndonos siempre que pensamos que podemos traer de nuevo el pasado, o la simplicidad bárbara y la superstición del pasado; y dicen eso aparentemente bajo la impresión de que queremos resucitar el siglo nueve. Pero son ellos quienes realmente piensan que pueden resucitar el siglo diecinueve. Están siempre diciéndonos que tal o cual tradición ha desaparecido para siempre, que tal o cual oficio o credo ha desaparecido para siempre; pero ellos no se atreven a afrontar que su comercio vulgar y lleno de charlatanería se ha ido para siempre. Nos llaman reaccionarios cuando hablamos de una recuperación de la fe o de una recuperación del catolicismo. Pero ellos siguen sin inmutarse enluciendo sus periódicos con los titulares de una recuperación del comercio. ¡Eso sí que es un grito del pasado! ¡Eso sí que es una voz de la tumba! No tienen razón alguna para creer que va a haber una recuperación del comercio, excepto que sus tatarabuelos encontraban imposible que hubiera una decadencia del comercio.

No tienen ningún fundamento raonable para suponer que vamos a hacernos más ricos, excepto que nuestros antepasados nunca nos prepararon a la posibilidad de hacernos más pobres. Y sin embargo, son ellos los que están siempre acusándonos de depender de una tradición sentimental de la sabiduría de nuestros antepasados. Son ellos los que están rechazando siempre unas ideas sociales simplemente porque han sido las ideas sociales de alguna época anterior. Siempre nos están diciendo que agua pasada no mueve molino; sin darse cuenta de que sus propios molinos están ya parados y no muelen nada en absoluto, como molinos en ruinas en un acuoso paisaje del peídodo victoriano antiguo perfectamente adecuado a su cita victoriana antigua. Están siempre diciéndonos que luchamos contra la marea del tiempo, igual que Mrs. Partington luchando con una escoba contra la marea del mar.¹⁰ Y no pueden ver que el tiempo mismo ha hecho de Mrs. Partington una figura tan anticuada como Mother Shipton.¹¹ No paran de decirnos que al resistir al capitalismo y al comercialismo somos como Canute regañando a las olas;¹² y no se dan cuenta siquiera que la Inglaterra de Cobden¹³ está tan muerta como la Inglaterra de Canute. Están siempre tratando de anegarnos en las inundaciones, de barrernos en esas agotadas y relamidas metáforas de las mareas y del tiempo. ¡Como si ellos pudieran hacer volver a los ríos que han dejado a nuestras ciudades tan lejos detrás! ¡O ordenar a los siete mares que vuelvan a profesar su lealtad al dios Neptuno! ¡O embridar de nuevo, con oro para unos pocos y con hierro para muchos, el sonoro río Clyde!¹⁴

Podríamos sentir la tentación de hacer la misma exclamación del Capitán Wicks. No estamos escogiendo entre un campesinado posible y un comercio floreciente. Estamos escogiendo entre un campesinado que podría tener éxito y un comercio que ya ha fracasado. No estamos tratando de seducir a los hombres para que se aparten de un negocio floreciente a una especie de vacaciones en la Arcadia o al tipo de campesino de Utopía. Estamos intentando hacer propuestas para comenzar de nuevo después de que un negocio en bancarrota se ha hundodo realmente en esa bancarrota. No podemos ver ninguna posible razón para suponer que el comercio inglés va a recuperar su predominio del siglo diecinueve, excepto un mero sentimentalismo victoriano y esa especie particular de engaño que los periódicos llaman "optimismo". Se burlan de nosotros por tratar de resucitar las circunstancias de la Edad Media: como si estuviéramos tratando de resucitar los arcos o las armaduras de la Edad Media. Bueno, los yelmos han vuelto en forma de cascos; las armaduras para el cuerpo pueden volver; y los arcos y ls flechas tendrán que volver, mucho antes

10 Referencia a un dicho de burla que se usa para individuos que tratan de resistir al progreso o a lo inevitable. Se deriva de un incidente en una obra de B. P. Shillaber, *The Life and Sayings of Mrs. Partington* (1834), en el que la Señora Partington, durante una gran tormenta en Sidmouth, trataba sin éxito de repeler el Atlántico con su escoba.

11 Mother Shipton (nacida en 1488), una profetisa y una bruja de fama legendaria. Se le atribuye el haber predecido las muertes de Wolsey, de Lord Percy y de otros, y también el fuego de Londres de 1666. Se la mencionaba por primera vez en un panfleto de 1641 y fue el tema del libro de Richard Head, *Life and Death of Mother Shipton* (1677).

12 Canute o Cnut, un rey danés que llegó a reinar en Inglaterra en 1016. Hay un antiguo poema normando que pinta a Canute ordenando a la marea ascendente del Támesis que se retirara.

13 Richard Cobden (1804-1865), hombre de estado inglés conocido por su defensa del libre comercio y un miembro prominente de la Liga contra las leyes acerca del maíz (Anti-Corn Law League).

14 El río Clyde es un río en Escocia que fluye por 170 kilómetros desde las tierras altas del Sur hasta la ciudad llamada Firth of Clyde. Fue famoso por las industrias de construcción de barcos establecidas en sus orillas.

de que sea posible que vuelva ese momento afortunado en el que ellos viven. Es tan probable que el arco largo sea descubierto por algún accidente superior al rifle como que el buque de guerra pueda volver a regir los mares sin referencia al avión. El sistema comercial suponía la seguridad de nuestras rutas comerciales; y eso suponía la superioridad de nuestra armada. Cualquiera que desee afrontar los hechos sabe que la aviación ha alterado por completo la teoría de la seguridad naval. Todo el inmenso problema de una gran población en una isla pequeña dependiendo de importaciones inseguras es un problema para los capitalistas y para los colectivistas tanto como para los distributistas. No estamos escogiendo entre modelos de pueblos como parte de un sistema perfectamente tranquilo de planificación de ciudades. Estamos haciendo una salida desde una ciudad sitiada, con la espada en la mano; una salida desde las ruinas de Cartago. "¡Seguridad! ¡Por supuesto que no hay seguridad!" Eso fue lo que dijo el capitán Wicks.